

“La Presencia de los Ausentes”

Autor: Fotografías Nelson Muñoz Mera

Las paredes, como sugieren algunas voces populares, no solo suelen oír, sino que también, recoger, guardar y hasta exclamar lo que han visto, lo que han sentido y lo que han padecido. Es que hay ocasiones en que los inmuebles hablan por sí solos, son mudos testigos de un pasado y si bien no dicen aparentemente nada, gritan una memoria que se adivina subyacente y latente en cada muro, en el vano de cada puerta, en los rayos que ingresan por lo que fue una ventana o a través de los pasillos y cuartos desnudos que otrora fueron celdas o cuartos de castigo. Es que estos espacios han absorbido los sufrimientos, penas, sueños y alegrías de innumerables seres humanos que por generaciones equivocaron su camino y tuvieron que pagarle a la sociedad el costo de sus errores. Esos sentimientos intensos, desesperados, desesperanzados, atribulados, pero también en alguna medida ilusionados y soñadores, año a año, día tras día, fueron penetrando lentamente, como si fuera por osmosis, el concreto para pasar a constituir también parte de su argamasa, hasta darle vida, hasta insuflarlo con una vitalidad que se adivina y que se intuye. Una vitalidad que clama y que forma su aura.

No otro pareciera ser el sentimiento fundacional de esa decisión porteña social de preservar el edificio de la Cárcel. Los porteños sentimos que ese edificio vetusto en el cerro al cual da su nombre, sigue hablando, sigue quizás gimiendo, sigue quizás quejándose o también a ratos riendo por el recuerdo de una pichanga reducida pero intensa. Son las voces del hacinamiento. Son las voces presionadas contra esos muros, son esas voces fuertes, roncadas y a veces sutiles o imploratorias, que se han quedado rellenando los intersticios de ladrillos, tabiques y maderos o envolviendo cual caucho los férreos barrotes de esos retazos de libertad que no alcanzaban a penetrar por las ventanas.

No se podía demoler el recinto penitenciario; no podía desaparecer así como si nada porque eso implicaba cercenar un órgano permanente y muy vital del cuerpo porteño, uno de los repositorios de la memoria de la ciudad, que le dio y le sigue dando fisonomía y personalidad. Muchos de los porteños, de cerros y plan, tuvieron alguna vez relación con su aire atestado, denso, sofocante, con las casitas pintorescas de las visitas, con esa cancha distractora de fútbol apasionado, con los talleres de poesía y letras, los recintos de los presos políticos y de los enfermos de Sida, o el gimnasio que pretendía inculcar una vida saludable entre homicidas. Ciertamente, no podía desaparecer...es un testimonio, una reliquia de nosotros mismos...y como tal la hemos preservado.

Pero también es verdad, no bastaba con asegurar la subsistencia de pisos y paredes, sino que había que tratar de grabar, de almacenar esos sonidos de sobrepoblación, que alcanzaban su fuerza plañidera no al mediodía, bajo la intensa luz del sol, sino que justamente en la noche, a través de ese silencio expectante y quejoso, que se elevaba por sobre la madrugada y que sólo venía a amainar con las primeras luces del alba. Eran justamente esos gritos ahogados, esos quejidos de medianoche, los que había que preservar y de un modo paradójico: Eran sonidos, pero de silencios; se veían pero no estaban, y en vez de grabarlos, de atesorarlos, decidimos fotografiarlos. Un sin sentido de los sentidos, el sin sentido ciertamente de tantos crímenes, de tantos pasos mal dados. Y nosotros dimos –a contrario sensu- nuestros pasos, cual si se tratara de un conjuro, a partir de la fuerza, imaginación y sensibilidad de un grupo de jóvenes

estudiantes de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, hombres y mujeres, con quienes nos dimos, en una habitual asignatura de Periodismo Fotográfico, a cargo del Periodista y Reportero Gráfico Nelson Muñoz Mera, la tarea de registrar y preservar esta carga de humanidad para las generaciones venideras. Y ustedes aquí la tienen en esta exposición que no es más que una suerte de recuento de la presencia de tantos ausentes, en tiempo y en espacio, pero que nos siguen gritando a través de las blancas paredes y de estas imágenes que son su eco, tanto en presente como para el futuro.

Lugar: Sala de documentación, edificio de Transmisión



DESCRIPCION

La exposición desarrolla un recorrido visual por la ex Cárcel, con imágenes capturadas al momento inmediatamente posterior al traslado de los internos a las nuevas dependencias en Playa Ancha. Fueron plasmados los espacios, tratando de captar recuerdos y presencias en las distintas celdas, en pos de dejar, paradójicamente, un testimonio de la ausencia. Se trata de un recorrido por la arquitectura, formas, figuras y luces del recinto que, al momento de su captura en blanco y negro, perpetúan su realidad fría e inhóspita, dando paso a la imaginación de historias tristes y oscuras.

El esfuerzo buscó recoger la memoria histórica y patrimonial del mismo espacio donde ahora se exhiben las fotografías, totalmente modificado en su arquitectura al ser un Parque Cultural de la ciudad de Valparaíso, el cual no ha desvirtuado su origen sino que se ha reconfigurado. La visión, por tanto, es personal y ejerce el lenguaje visual con una mirada reflexiva.

Texto introducción de:

Fernando Rivas

Director Escuela de Periodismo

Universidad Católica de Valparaíso